

# LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico [sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx](mailto:sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx)  
En Internet <http://www.geocities.com/sergiomontesgarcia>

NO. 214

## QUETZALCÓATL Y LA VIRGEN DE GUADALUPE

Jorge Carrión  
1913-2005

*Jorge Carrión (nació el 21 de abril en San Andrés Tuxtla, Ver.; murió el 7 de octubre en la ciudad de México) fue un destacado político de la izquierda mexicana. Médico psiquiatra por la UNAM, el doctor Carrión dirigió el Instituto Nacional de Pedagogía. Ejerció el periodismo en diversos medios y participó, con José Vasconcelos y Alfonso Junco, en el programa de televisión Charlas Mexicanas el que ha sido rescatado en cinco CD's por TV-UNAM. De su obra escrita destacan: **Mito y magia del mexicano (1952)** y **Pedro Santacilia, el hombre y su obra (1983)**.*

El alma colectiva del mexicano –como mucho antes ocurrió con Quetzalcóatl– está saturada de vivencias, aspiraciones y anhelos de un símbolo, acogedor, amante y femenino que dulcifique la temerosa oscuridad en que se encuentra. Se inicia así el ajuste lento, del indio, a las formas españolas, y este ajuste, como no podía ser menos, comienza en el punto coincidente: inconsciente colectivo de ambos pueblos. Tentaleando en el complejo mundo de los símbolos católicos al fin encuentra meta para sus impulsos religiosos, adecuada a la resistencia y las características de su paso: la Virgen María. Ella es dulce, graciosa y ha sufrido también. Sus líneas son ondulantes y femeninas y nada en ella impone miedo ni angustia. Antes de que la Virgen de Guadalupe se apareciera a indio determinado alguno, ya era una realidad psíquica en la mente colectiva, y cuando al fin se imprime dulcemente en el ayate del indio Juan Diego, adopta la posición oval, el color discreto, la cóncava resonancia femenina adecuada

para albergar la secular miseria y el ansia inefable y regresiva de símbolos femeninos del mexicano. Dios, en cambio, es un dios de terror, de castigo. A él se le invoca para propiciarlo y se multiplica en innumerables dioses que tienen funciones específicas, auxiliados demás por los santos que ocupan el lugar de las deidades menores, intermediarias, se diría ante los dioses mayores.

La imagen de la Virgen de Guadalupe es así la antítesis de la de Quetzalcóatl en cuanto a su profundo contenido psicológico: en aquella la suave conformación sobre líneas circulares, modela y resuscita una protoimagen puramente femenina, fielmente entroncada al germen ovular. En esa imagen, pues, el indio, derrotado y además escarnecido con leyes que, cuando muy benignas lo tratan como menor de edad, fija su retroceso evolutivo que con la protoimagen de la serpiente emplumada ya había cumplido su primera etapa de masculinización.

La Virgen de Guadalupe impera en la conciencia religiosa de los mexicanos sobre cualquier otro símbolo y con este imperio señala el brusco retroceso del pueblo derrotado a formas de vida primitivas, regidas como la edad infantil por símbolos femeninos, maternos, que expresan elocuentes el movimiento de fuga de la realidad. Esta valencia femenina de la simbología psicológica del mexicano se puede rastrear en los más diversos aspectos de la vida. Me referiré a algunos sin pretender agotarlos. En la vida doméstica la madre mexicana impone su autoridad por un tiempo anormalmente largo, sus amorosos cuidados se extienden hasta cuando se convierten en traba para el libre vuelo del joven, atado por lo demás, voluntariamente –pues es muy cómodo– al placentero regazo materno. No deja la madre mexicana, en su asidua ternura, que se endurezcan sus hijos en la confrontación de los

# H

Diciembre 10 de 2005

Academia de Humanidades FES-Acatlán

valores masculinos y agresivos que informan al mundo moderno, como tampoco deja que el niño habitúe su aparato digestivo a la comida variada, prolongado anormalmente el amamantamiento. En la política el intolerante jacobino del Congreso se caracteriza por la dócil sumisión hogareña a los símbolos religiosos que en cursis cromos tapizan las paredes de su casa. Por si fuera poco, el político mexicano, sobre todo el político menor, actúa guiado por el pensamiento mágico. Así para él las cosas y las personas son capaces de transmitir, por contaminación, sus virtudes y poderes, y de ahí nace el acechar constante de una sonrisa del jefe o de un apretón de manos del mandamás y, cuando se ha modernizado mucho este pensamiento, se desea ardentemente una foto de Kodak en la que se vea la contigüidad del interesado con el Presidente de la República; como si éste dejara algo de su autoridad al afortunado acompañante fortuito.

El lenguaje del mexicano, por eso también, es elíptico y huidizo, no por carencia de léxico que, antes al contrario, está enriquecido por miles de mexicanismos, sino para cubrir así la inseguridad y para ocultar las propias intenciones. El mexicano al hablar coquetea, o bien lanza buscapiés, o si se quiere torea, pero no se enfrenta con la realidad. El coqueteo, los buscapiés engañosos y escurridizos, y el toreo manifiestan bien a las claras el signo femenino que los preside en su esencia.

El capitalista mexicano también denuncia en sus procedimientos este entorno del pensamiento colectivo a cauces antiguos. Conformando sus corrientes a ellos se encueva y deja que su dinero embote su peculiar movilidad, en la amortización de edificios que no por muy modernos dejan de recordar las cuevas, o los desvanes y sótanos infantiles,

desde el punto de vista de la actitud psicológica retraída y atemorizada que denuncian.

Toda la vida mexicana se encuentra impregnada de signos que advierten de su retroceso a etapas mágicas, entorpecedoras de la marcha fluida del progreso. Junto a esa vida se encuentra como un tesoro abandonado el gran depósito de energías, de sentimientos, de impulsos y de imágenes colectivas arquetípicas, del indio silencioso y contemplativo. Escondidos en su hierática figura están los viejos dioses mexicanos. Alguna que otra vez escapan y ponen el asombro de su magnificencia en el colorido de la paleta de nuestros pintores, o en el acento epopéyico de la leyenda de un Zapata, de quien el pueblo –justo y certero– sólo quiere recordar las virtudes. Otras veces juegan paganos y primitivos en los Cristos indios, en sus tendones anudados como serpientes mexicanas.

Y, hasta en ocasiones, se siente la presencia civilizadora de Quetzalcóatl, en las presas gigantes que domestican las torrenteras; en los viriles ferrocarriles fecundantes de pueblos; y en el alado zumbido de los aviones maculadores de la virginal comba del cielo.

Pero las más de las veces vuelven a esconderse los viejos dioses en el cóncavo recipiente de los indios asidos a la tierra y permanecen mudos e inertes. Yo tengo el íntimo convencimiento de que un día esos viejos dioses –esas fuerzas psíquicas jóvenes y aun no usadas– se enseñorearán de México ya sublimados en conceptos colectivos, justicieros y racionales, y pienso que ese día marcarán la ruta próspera por la que se perdió Quetzalcóatl, allá donde se juntan lo negro y lo rojo. O, para decirlos al reticente estilo mexicano, eso sucederá ¿Cuándo? ¡Quién sabe!..., un día de éstos...

Fuente: Jorge Carrión. *Mito y magia del mexicano*. México, Porrúa y Obregón, 1952. (Col. México y lo mexicano, Núm. 3). pp.52-55.

## Profesor, recuerda:

“Deben los maestros no sólo saber mucho para poder enseñar bien, sino tener la aptitud y habilidad necesarias...además, deben estar dotados de prudencia y del carácter especial adecuados a la ciencia que profesan y a la condición de sus alumnos, de suerte que puedan mejor enseñar y ellos aprender”.

Juan Luis Vives.  
*Tratado de la enseñanza.*